

afecto y confianza. No me muero yo con esta incertidumbre, y ella misma me ha de librar del fiero suplicio. Seis días estuve sin parecer por la casa de Orozco, y al quinto el propio Tomás me envió recado quejándose de mi desvío. Hoy he almorzado con ellos. Ya te contaré lo que hablamos. Tengo prisa, y además estoy en expectativa de una conferencia que espero celebrar con Augusta, quien, á instancia mía, me prometió que hablaríamos un rato á solas. Convinimos en que ella señalará día y hora, y aquí tienes establecida ya una comunicación reservada entre los dos. Te lo contaré todo; pero no me apures, que hay tiempo, y aplazo mis informes con la esperanza de adquirir conocimiento más claro de alguno de los hechos. Hasta otro día.

XXXVIII

19 de Febrero.

No me lo vas á creer; pero te lo diré cien veces si es preciso. El santo está como si ignorara lo que pasa y lo que se dice, y es casi seguro que no lo ignora. Tal serenidad que por nada se altera, ¿es grandeza de alma, ó todo lo contrario? Para afirmar lo primero, sería preciso ver en este hombre un temple de carácter tan superior que rayara en lo sobrenatural. Porque habías de ver su cara, en la cual no notas ni el más ligero sig-

no de disgusto ó contrariedad; habías de oír su acento, siempre firme y reposado. A su mujer la trata con la cariñosa deferencia de siempre, y ella á él con mayores consideraciones, si cabe, que antes. Te lo digo con franqueza: el arcano que en la intimidad de este matrimonio se esconde sin duda, me inquieta ya más que el otro de la muerte de nuestro amigo, y daría no sé qué, años de vida también, única moneda con que se avaloran tales satisfacciones, por poder ocultarme en la alcoba conyugal y oír lo que hablan... ¿Pero qué hablarán, Dios mío? ¿Qué dirán? ¿O es que no dicen nada, y se han puesto de acuerdo para ignorarse y desconocerse el uno al otro?...

Este Orozco, ¿qué clase de hombre es? Explícamelo tú, entusiasta apologista de sus virtudes. Francamente, cuando éstas se me presentan en grado tal de perfección, éntranme ganas de dudar de ellas, ó de tenerlas por papel bien estudiado y aprendido para embaucar al mundo. Imposible que un hombre de carne y hueso conserve tal presencia de ánimo en medio de la atmósfera que se ha formado en torno suyo; y si realmente la conserva, es que no es de hueso y carne como nosotros. No niego que pueda existir en nuestros tiempos la santidad; pero me resisto á admitirla en las altas clases. Existirá en las Ordenes religiosas, ó en los desiertos habitados por una sola persona; pero en el mundo activo, en la sociedad, en el matrimonio, en medio de los chismes, de las envidias, de la soberbia, del lujo... Vamos, Equisillo, que se te quite eso de la cabeza. A tu sagaz olfato no ha llegado nunca el olor de esa santidad... perfumada.

Vamos á otra cosa. La conferencia con Augusta, á solas, se verificó ayer. Fué interesante, aunque estéril para mis fines inquisitivos. Recibiómelo en su tocador, por la tarde, y no había nadie presente, pues no llamo persona á la chiquilla de Calderón, que iba y venía por la estancia tirando de una muñeca amarrada por el pescuezo, imagen exacta de mi situación espiritual, pues á ratos, en estos tristes días, me parece que un demonio me echa una soga al cuello y se divierte tirando de mí y apretándome sin ahogarme.

Mi prima no puede ocultar que ha tenido insomnios, malísimos días y peores noches, y que su ánimo está profundamente perturbado. Sin duda no posee la santidad en grado tan alto como su marido, ni sabe sobreponerse á las miserias humanas. Está mustia la pobrecita, ojerosa; la mirada se le extravía, se le pierde. Cierzo que trata de disimular, echando un nudo á los suspiros que del pecho se le quieren salir; pero no puede lograrlo. Si te digo que está más guapa que nunca, no lo creerás seguramente, aunque supondrás que esto es efecto del amor que me inspira. Veo que te ríes. ¿No habíamos quedado, dirás tú, en que todo aquel amor se trocó en aborrecimiento de lo más fino? Bueno: pues te contesto que estas cosas se dicen muy pronto, pero rara vez son la expresión de la verdad. Nada nos engaña tanto como el desarrollo de nuestros propios afectos en los casos graves de la vida. Suele suceder que nos equivoquemos, como chiquillos que empiezan á vivir, y que amemos más cuando creamos odiar, ó viceversa. Ello es que la encontré aquel día guapísima, y sentí que las energías

de mi carácter se debilitaban lastimosamente ante ella. Pero me callo, por ahora, todo lo que al buen Cupido se refiere.

Lo que mi prima quería de mí, bien lo calé desde que empezó á hablarme. Ya puedes figurártelo: que me dejara de averiguaciones, pues lo que resultaba de ellas era espesar más la atmósfera de dicharachos y mentiras. Para decirme, empleó mil circunloquios hábiles, reconociendo la bondad de mi intento, mi amor á la familia, etc., etc... Por mi parte, le hice ver que yo no perseguía la verdad para hacerla pública; que si lograba adquirirla, la guardaría en mí como el secreto más delicado de mi vida. Bien podía ella, pues, revelármela, que yo la oiría como un confesor y la encerraría en mí como en un sepulcro. A estas insinuaciones que expresé con calor y casi con elocuencia, contestóme la taimada negándolo todo en redondo. No tenía absolutamente participación ni responsabilidad en aquel asunto. Ni Federico fué su amante, ni ella faltó á sus deberes con aquél ni con nadie. Todo calumnia, novela mal pensada y peor escrita, obra de los desocupados, de los que envidiaban la dicha de su hogar, de los que, por vivir depravadamente, no perdonan la honradez de los demás. Era, pues, completamente ajena á las causas de la muerte de aquel buen amigo de la casa, y no sabía si se mató ó le mataron, ni quería meterse en indagaciones.

Díjeme que no pusiera á prueba mi respeto á su persona; que podía ser inocente de la muerte de Viera; pero inocente de amarle y de tener con él trato secreto... eso, que se lo contará á otro,

pues yo tenía datos bastantes para formar mi opinión sobre el particular. No se dió á partido, y negaba, negaba con una insistencia que me volvía loco.

Después examinó, riendo con forzado humorismo, las distintas versiones. La de su amiga, la marquesa de San Salomé, fué tratada con sarcástica frase. «¿Y es posible que tú seas de los que han creído que yo le maté, yo...? ¿que mis manos...? Vamos, esto sería la mayor de las indignidades, si no fuera grotesco.» Pero las interpretaciones que más la irritaban eran aquéllas en que se incluía al buen Orozco en la trama, dándole el papel de matador, bien directamente, bien valiéndose de un asesino mercenario. ¡Qué estúpida monstruosidad!

Viendo que de nada me valía la argumentación seca, apelé al sentimiento; traté de halagar su amor propio, diciéndole poco más ó menos lo que escribo á continuación:

«No sé por qué vacilas en confiarme tu falta. ¿Crees que desmerecerás á mis ojos, que perderás mi estimación? No, porque falta y aun crimen de amor, de verdadero amor, no merecen más castigo que el amor mismo, el cual es bastante penitencia. Si un sentimiento vivo se ha superpuesto á tu voluntad y á tus deberes legales, ¿qué remedio hay más que perdonártelo? ¿Y cómo no habla de perdonártelo yo, que pecho de amor por tí; yo, que también he faltado á la ley, aunque sólo con la intención? Si yo me absolví de mi falta intencional, ¿cómo no absolverte de la tuya, aunque haya sido menos inocente? Yo tengo cierto derecho á saber tus penas para consolar-

las; deseo ardientemente que arrojes sobre mí las cargas que abruman tu conciencia, porque te quiero con locura, y no vacilaría en perder por tí, si preciso fuera, no sólo la paz del alma, sino el honor y cuanto me liga á la sociedad. Si alguien hay á quien debes confiarte, soy yo, porque te amo; y para que no achagues á egotismo lo que te pido, declaro amarte sin esperanza, y estoy convencido ¡esto sí que es triste! de que no me correspondes ni me corresponderás nunca. Me inspiraste una pasión loca, y te la declararé, ignorando que amases á otro, ó dudándolo al menos. Ahora, sabedor de que amaste al pobre Fritz, no se me oculta que la pasión aquélla no puede repetirse ni heredarse. Pero ya que no puedo pretender llenar en tu corazón el hueco que ha dejado quien ya no existe, aspiro á ser tu mejor amigo, tu consejero y á poseer tu confianza. Yo te consolaré; yo sabré, como nadie, respetar tu soledad, tu pena inmensa, que por mucho tiempo ha de resistir á todas las tentativas de consuelo.»

¿Qué te parece la perorata, que no sé si he copiado con exactitud? Fastidiosa, ¿verdad? y hasta un poquillo cursi. Pues así y todo, le hizo un efecto atroz. La ví conmovida; sus ojos se humedecieron, y no pudo contener algunas lágrimas. Yo callé, creyendo que el llanto sería precursor de la espontaneidad que deseaba.

Observé que hacía esfuerzos por tranquilizarse y ser dueña de sí. Se enjugaba los ojos, comprimía su emoción para no dejarse vender por ella, y me dijo esto, que me impresionó vivamente:

«Soy muy desgraciada... no lo sabes tú bien. Tenme mucha lástima, porque de veras la merezco.»

Le acaricié una mano, sin que tratara de impedirlo. Lejos de hacerlo, me abandonó la otra, como persona en quien la necesidad de consuelos se sobrepone á toda consideración. Le repetí mis deseos de ser su amigo, de consagrarle mi vida y una intención moral incesante, y no se escandalizó, ni mucho menos. Al contrario, mostróse agradecida, hondamente afectada.

Pero de súbito noté en su fisonomía y en su entrecejo no sé qué severidad, algo que provenía de un sentimiento de orgullo, el cual se posesionaba de su alma tras un momento de flaqueza; y poniéndose en pie y apartándose de sí con cierta sequedad ceremoniosa, me dijo:

«Seremos amigos; pero á condición de que no me preguntes nada, de que no indagues absolutamente nada, ni de los demás ni de mí.»

Quise contestarle; pero me impuso silencio. Imposible desobedecerla: de tal modo imperaban su gesto y su voz sobre mí. Y aún hubo más. Dió por terminada la conferencia, mandándome que me retirara... Otro día hablaríamos más: así lo dió á entender. ¿Qué había de hacer yo más que someterme ciegamente á su caprichosa voluntad?

Pasé malísima noche, sin poder apartar de mí la imagen y las palabras de esta endiablada mujer, que, si no me engaño, va á volver loco á tu amigo, si es que no lo está ya de remate. Y mira tú qué cosa tan rara: piensa en el enlace misterioso de las palabras con los afectos en esta arras-

trada vida humana, tan fecunda que cuantas más cosas peregrinas ve uno en ella, más le quedan por ver. Pues empecé á dirigirle aquellas frases amorosas que te he copiado, como quien emplea un argumento capcioso; se las dije, persuadido de que no decía la verdad, y al concluir, sorprendíme de ver que mi corazón respondía á todas aquellas retóricas con un sentimiento afirmativo. Nada, Equisillo, que toda la noche y al día siguiente estuve en brega con mis potencias cerebrales, dudando de lo que sentía, y concluyendo por declararme que esa mujer me tiene embrujado; que mientras más me esconde su secreto, más impelido me siento hacia ella, y que si me convenciera de que fué realmente matadora, más la querría, no vacilando en someterme á la prueba de ser muerto por su mano, con tal que antes... No sigo, porque te alarmarás, creyendo que ya no tengo remedio. Abur, tonto.

XXXIX

20 de Febrero.

Emociones, más emociones. Ante todo, puedes llegarte á Zaragoza ó venirme á Leganés, y mandar que me vayan preparando una jaula con los barrotes bien fuertes, porque estoy... ya lo irás viendo.

La entrevista segunda se verificó ayer en casa de la tía Serafina, que sigue muy mal. Augusta va todos los días á acompañarla. Yo fui también, sin citación previa, seguro de encontrármela allí y de que podríamos hablar sin testigos. Nos cerramos en un gabinete próximo al cuarto de la enferma, en ocasión en que no había allí médicos, ni enfermeras, ni visitas. ¡Qué bien! Forjéme la ilusión, al verme solo con ella y observar su actitud expectante, no exenta de recelo, que aquello era cita amorosa, en discreto lugar ignorado de todo el mundo. Lo primero que se me ocurrió fué cogerle la mano derecha y examinarle la muñeca, diciéndole: «¿Se te ha curado ya la quemadura?» Turbada retiró la mano, no sin que yo viese la señal de la heridilla no bien cicatrizada, y me dijo: «Hemos convenido en que has de ser discreto, y no hacer ni decir tonterías... ¿Qué significa, grandísimo simple, esa estúpida sospecha? ¿Acaso te ha cabido en la cabeza que

yo me magullé la mano en una lucha...? Claro, como que soy asesina, y he tenido que sujetar á la víctima para...

—No es eso, no es eso—apresuráme á contestarle.—Yo no he creído nunca que fueras asesina; pero sí he creído y creo que presenciaste la muerte de un hombre, ocasionada de una manera que ignoro.

—Vamos, niño: la primera condición para que yo te admita en mi confianza, es que seas conmigo delicado, y me consideres, y me creas cuando te digo algo que directamente me atañe. De otra manera no puede existir esa amistad que deseo y casi casi necesito... Y no la desvirtúes; no aspire á otro sentimiento más vivo, porque si te empeñaras en ello, no obtendrías ese sentimiento, y adiós amistad.»

Comprendiendo que en estos casos debe uno contentarse con lo que le otorgan, y fiar al tiempo la ampliación de la dádiva, díjele que aunque estoy perdidamente enamorado, conténtome con el sentimiento apacible y honesto que me concede, y reconozco no merecer más.

«Si hemos de ser amigos—me dijo,—ya que tú te permites intervenir en mis asuntos, y echártelas de padre maestro, y aun de padre espiritual, con tus pretencioncitas de huronear faltas que no existen, voy yo también á llamarte á capítulo, pidiéndote cuenta de ciertos deslices, y excitándote á la corrección. ¿Pues qué se creía usted, señor moralista?»

Quedéme perplejo, sin acertar á calarle la intención. ¿Quería aturdirme, desorientarme, ó qué demonios se proponía la muy ladina, en quien no

pude menos de reconocer la sagacidad castellana de su padre el zorro de Cisneros? No tardé en suponer á dónde apuntaba; caí en la cuenta de que su objeto era tomar la ofensiva, como papel más airoso para ella en la lucha que entablado habíamos.

«Sin duda te han traído el cuento—le dije sin turbarme,—de que hay algo... y aun algos con la Peri. Bueno: no te lo negaré. Pero ya debes suponer que esto es accidental y sin importancia alguna en la vida. No llares á eso relaciones. Es una veleidad de ella y una condescendencia mía, que se pueden dar por terminadas en cualquier momento.»

Quedóse pensativa, y á poco reanudó la conversación, diciendo tales cosas de la Peri, con tanto énfasis y saña tan viva, que no pude menos de fijar en ello la atención. «Has tenido muy mal gusto—me dijo.—Esa mujer es una desvergonzada, una trapisondista, y además no tiene nada de particular como hermosura, pero nada. No comprendo cómo os ilusionáis con un tipo semejante. ¡Lástima grande que en estos tiempos de vulgaridad democrática no haya las justiciadas de otra época! ¡Lástima que á estas bribonas no las emplumen y las azoten por las calles, para lección de los mentecatos que se pierden por ellas, ó de los que...!»

No siguió. Se exaltaba más de la cuenta, olvidándose del papel que quería representar; se clareó demasiado, y dejéme ver la punta de un odio inmenso que en su alma latía. Le temblaron los labios y perdieron su encendido color. Pronto noté que intentaba rehacerse y enmendar el des-

cuidillo de sinceridad que acababa de tener. Para esto, compuso su rostro diciendo: «¿Pero á mí qué me importa? Lo he dicho porque... me repugna verte en esa degradación.»

Más atento á observar su cara que á calcular lo que debía decirle, contesté de este modo:

—Basta que á tí no te agrade *eso*, para que al instante se concluya.

—No, si yo no te pido que sacrifiques por mí tus gustos.

—¿Pues no dijiste que, para afianzar nuestra amistad, te hacías mi directora espiritual, y correctora de mis malas costumbres?

—Sí lo dije; pero luego se me ocurre que no debo hacerlo.»

Parecióme desorientada, sin saber qué camino tomar. Por fin se decidió por uno, tras breve meditación.

—Mira, Manolo, te lo diré con franqueza: yo no quiero que rompas tus amistades con esa mujerzuela.»

Juzga cómo me quedaría con ésta no esperada declaración. «No te pases, no abras esos ojos,—me dijo.—Es un poco raro mi deseo, y necesito explicarlo. Te hago el favor de creer que es muy fácil para tí dar un puntapié á ese trasto de mujer. Y creo más... á ver si te adivino... creo que tu enredo lleva un fin policiaco: el fin de averiguar qué clase de relaciones, qué clase de tratos tenía el pobre Federico con ella, porque, como te has metido á juez instructor, naturalmente habías de buscar datos... del propio cosechero... ¿He adivinado?

—Sí... tal ha sido mi intención.

—Bueno, bueno—manifestó perdiendo el miedo al asunto;—pues si has descubierto algo, dímelo, y si no, sigue cultivando esa confianza, en la cual encontrarás la luz que buscas y que los demás también deseamos ver.»

¡Ay! querido Equis, de aquel anhelo de indagar las relaciones de Federico con la Peri, resulta una nueva complicación. Hay algo que Augusta ignora, sabiendo, según mi cálculo, lo principal. Así se lo manifesté, y ella insistió en que sólo era curiosidad. Díjale que podía negármelo todo; pero no su pasión por el pobre amigo muerto, y su presencia en el acto que determinó la muerte de él. Perdí los estribos; me descompuise; creo que se me escaparon frases violentas, seguidas de otras tiernas y apasionadas. Me puse de rodillas ante ella, y besándole con ardor las manos, le supliqué me revelara la verdad de aquella tragedia, de la cual ella había sido por lo menos testigo, y ni un tímido asentimiento pude obtener. Encerróse en torvo silencio, que era mi desesperación; denegaba con la cabeza á cada frase mía, y terminó asegurando otra vez que no sabía nada, que no había visto nada. Únicamente al interrogarla sobre sus amores con Viera, observé que su denegación era débil, casi casi afirmativa, por la manera como la hizo, entre suspiros que le saltan del fondo del alma.

Por fin, serenándose y tratando de calmarme á mí, se explicó en estos términos: «Para obtener la confianza de una persona, lo primero es hacerse digno de tal confianza. Lo que mucho vale, mucho cuesta, amigo Infante. Tráeme lo que te he pedido, y hablaremos. ¿No te has he-

cho amigo de la Peri para indagar por tu cuenta?

—Sí, y ahora quieres que indague por la tuya.

—Cierto, esa es la verdad.

—¡Y quieres que yo sea tu polizonte, y que te sirva, sin obtener de ti ni una sola confianza! Revélame lo que sabes, y si es incompleto, yo te ayudaré á completarlo.»

Me abrumó la infame, diciéndome con aplomo cruel: «¿Cómo he de expresarme para que me entiendas? Precisamente por no saber nada, quiero que me averigües lo que te he propuesto averiguar... Y no prolonguemos más esta conversación, porque siento gente en la alcoba; estás muy excitado, hablas en voz alta, y van á creer que estamos aquí tirándonos los trastos á la cabeza. Hazme el favor de marcharte, y hasta mañana ó pasado...»

Salí de allí con la cabeza como un borracho, desesperado y aturdido, y estuve paseándome un rato por las calles, para que se me refrescaran las ideas. Y tan pronto sentía un loco impulso de todas las fuerzas de mi vida hacia aquella mujer, más fascinadora por los misterios que la rodeaban, como un velo liado con suprema coquetería; tan pronto me inclinaba á huir de ella, como de un abismo insondable por cuyo borde se me resbalaban ya los pies. Pasada una hora de inquieto vagar por las calles, me dirigí á casa de Leonor, que me aguardaba, y de buenas á primeras, sin preparación alguna, la interpele en esta forma:

«Me vas á contestar ahora mismo á lo que varias veces te he preguntado sin lograr una respuesta... Mira, Leonor, que la cosa es grave: me lo vas á decir, y así me probarás que me quieres

y eres mi amiga. Nada, que me lo dices, ¿verdad? Deseo saber qué clase de relaciones tenías tú con Federico. No vale negar. Porque él entraba aquí muy á menudo. Esto lo sabemos todos, y hay quien cree que no venía por contemplar tu cara bonita. Con que me lo dices, ¿sí ó no? Leonor, Leonor, te lo pido por lo que más ames. Hazme el favor de no mirarte tanto las uñas, y habla claro. ¿Verdad que me lo vas á decir... á mí, pichona, monina, á mí que te quiero mucho...?»

Empezó tomándolo á broma. «Como la trucha al trucho. Chalafto por mí... ¡Ayl ¡qué resalao es mi peine, y qué bonitos ojos tienen!»

Estas tonterías me exaltaban más. «Leonor, Leonor, no bromees, hablo muy serio, pero muy serio. Yo necesito saber eso, ó acabaré como el pobre Federico.»

—¡Tú, tú...! ¡Jesús de mi vidal—exclamó, echándose á reír.—Tú no tienes alma para eso, ni estás en sus circunstancias. No eres ni tan caballero como él, ni tan perdido como él, ni tan... ¿Pero qué mosca te ha picado hoy, peinecito de mi vida...? A tí te pasa algo. Voy, voy á echar las cartas para saberlo.»

Levantóse y trajo los naipes, y en el mismo sofá en que yo estaba empezó su juego, poniendo los cinco montoncitos: *lo que esperas, lo que no esperas, lo que te ha venir, tu suerte, lo que se cubre.* Hallábame tan excitado, que de un manotazo fué toda la baraja al suelo, y le dije: «Pareces una bruja... Déjate de disparates, y contesta á lo que te pregunto.»

Leonor se amoscó. Cuadrándose y meneando la cabeza, me dijo: «Mira, Infantito, que ya me

voy cargando; mira, Infantito, que yo tengo malas pulgas; mira, Infantito, que si te pones pesado, voy y traigo la palmeta, ¿sabes? la zapatilla con que despedí al otro peine... Es la que me sirve para dar pasaporte á los pesados, chinchosos y reventativos... Recordarás que te dije: «de aquello no me preguntes nada.» Con esa condición te admití.

—Pues me vuelvo atrás—contesté ciego de ira, echándole la zarpa á los hombros y sacudiéndola con brutalidad.—¡Tienes que decirme, ó te mato, te mato, te ahogo!»

Aquello iba á concluir mal. Yo estaba como demente y no era dueño de mis acciones. Leonor se puso á dar chillidos, y entró la criada... No creas que hubo golpes ó arañazos. Fué sólo un estrujón, acompañado de palabras descompuestas. Por fin, volviendo en mí, la solté sobre el sofá. La pobre muchacha, llorando de pena por mi ultraje y mi brutalidad, se mostró más bien ofendida que airada, y opuso á mi tenacidad loca una tenacidad mayor: «Ni tú eres caballero—me dijo secándose las lágrimas,—ni siquiera persona decente... Eres un tío, y no sé, francamente, no sé cómo me gustaste... ¿Sabes lo que te digo ahora? Que aunque me hagas picadillo, aunque me cortes en pedacitos de este tamaño, no has de arrancarme una palabra. Fastídiate. ¿Crees que porque soy una mujer pública no tengo tesón? Pues te equivocas, porque también soy mujer particular cuando me da la gana, y sé serlo lo mismo que otra cualquiera. Mira, ahí tienes la puerta abierta de par en par. Me gustaste, y me gustas todavía. Yo soy muy franca y no ocultó

lo que siento. Puedes volver si me pides perdón por esta bronca. Pero si me vienes con preguntas, te doy la patadita para atrás, así, como los burros cuando cocean, y te planto en la calle, para que te hagas cargo de que cuando una quiere ser *particular*, y decente, y callada, lo es.»

Aunque su lenguaje no era tan violento como de mi violencia debía esperar, me sentí profundamente lastimado. Aquella discreción á toda prueba era una especie de virtud, que yo no esperaba encontrar allí. Me ofendía, y te lo diré claro, me empequeñecía. Salí de aquella casa haciendo voto de no volver más, aunque Leonor no me repugnaba, ni mucho menos; al contrario, me era grata su imagen transparentándose en mi memoria. Pero la otra me atraía más, muchísimo más; la otra, Equis de mis pecados, me volvía loco, me producía un vértigo de pasión, de curiosidad... A sus atracciones naturales unía la pérfida el indefinible resplandor del drama desconocido ó á medio conocer. ¡Qué noche pasé, qué noche! Imposible darte idea de mi suplicio, ni de las vueltas dolorosas que mi espíritu daba, ya queriendo poner el afán de conocimiento sobre la ilusión de amor, ya ésta sobre aquél.

Y tú no me dices nada; tú ni me aconsejas ya, ni me das siquiera una opinión. Parece que te has vuelto tonto, ó que miras con indiferencia lo que me atañe. Pues para eso, maldita la falta que me hace tu amistad ni ese saber omnímodo que dicen que tienes. Me has olvidado. Eres un egoísta... sí, un egoistón. Ya lo he comprendido. No quería decirlo; pero al fin dicho está, y no me vuelvo atrás.

XL

21 de Febrero.

Si mal no recuerdo, ayer terminé mi carta tratándote con cierta dureza. Haz la vista gorda, hombre, y considera el estado de mi ánimo, propongo á la violencia y á la injusticia. Yo necesito desahogar con alguien esta efervescencia, esta turbación honda de mi alma. Déjame que te llame *perro judío*, y así me calmaré un poco: parece que se me quita un peso de encima. Disimula, pues, toda barbaridad que leas aquí. He tenido momentos de verdadera epilepsia, y aún no se me han sosegado los malditos nervios; la mano me tiembla, y... ya ves qué letra y qué sintaxis gasto... ¡Hasta endecasílabos, chico!

Hoy ha sido para mí un día de prueba; mejor será que diga ayer, porque son las dos de la noche. ¡Qué día! Por la tarde, después de delirar como un calenturiento, se me ocurrió coger el tren y volar á tu lado, para llorar contigo... es decir, tú no llorarías... Después lo pensé mejor. Imposible salir de aquí, imposible apartarme de lo que me enloquece. Pero aún no sé, no sé si me será forzoso adoptar una resolución que me ponga á salvo de mi propia ansiedad. ¿Qué crees tú?

Pues ayer tarde la ví otra vez. Acababa ella de entrar de la calle, y estábamos solos. No había soltado el *entucás*, ni quitádose la capota. Me parece que la tengo aún delante de mí, con su abrigo de pieles desabrochado: ¡hacía un calor en aquel gabinetel... Aún creo ver la mirada compasiva que me dirigió, y oír su acento fraternal. Porque desde que me ví ante ella, me desbordé en palabras enamoradas que me salían del fondo del alma. Fascinación mayor no he sentido nunca ni creo que la vuelva á sentir. El enigma terrible que la rodea, lejos de desilusionarme, me trastorna más. Lá quiero por honrada si lo es, y la quiero por criminal si, en efecto, lo ha sido. Y creo que lo fué: criminal en un grado que no acierto á precisar, y que sin duda no llega á la perpetración del hecho. No puedo recordar bien lo que le dije: que estoy loco por ella; que no importa, para quererla, que tenga en sus manos una mancha de sangre como la de *lady Macbeth*. «No la tienes —añadí con desvarío, besándole las manos enguantadas, —no la tienes; pero si la tuvieras, Augusta, yo te la borraría con mis besos. Tu corazón se purificará con sólo corresponder á la efusión del mío. He pasado por mil alternativas. El despecho me ha sugerido ideas malas; he creído que eras perversa; tan obcecado estuve, que llegué á creer que te odiaba... mira qué absurdo... Y en el mismo momento de creerlo, habría sido capaz de darte mi vida. Perdóname mis impertinentes investigaciones, que podrían resultar ofensivas para tí. Las hice fingiéndome el pretexto de descubrir tu falta; pero el verdadero móvil era conocer tu pasión. Nada enciende nuestra curio-

sidad como el secreto, el *quid* ilícito de la persona que amamos, eso que en nuestro egoísmo creemos infidelidad. Yo buscaba en tí á la infiel, y por infiel te tengo, y por infiel te quiero más.»

Suplicóme con acento grave y cariñoso que no insistiera, pues no podía quererme en la forma que yo pretendía. Seríamos amigos sin traspasar los límites de la amistad respetuosa. «No creas — me dijo después con acento conmovido — que me atribuyo cualidades que no tengo, ni pienses que me quiero hacer pasar por impecable. Mi conciencia no está tranquila; pero sí hay en ella el deseo y el propósito de tranquilizarse, y esto es algo.»

Como yo la instara otra vez dulcemente á que me confesase su falta, quiso hacerme callar con estas palabras: «Ignoro todavía quién podrá ser la persona digna de oirme en confesión, como no sea un sacerdote, y de esto no se trata ahora. Para confesarme á un amigo, necesito que éste me dé pruebas de verdadera amistad, prudencia y abnegación.»

Aquí de mi argumento:

«Tú me has exigido que te preste un servicio que ha resultado superior á mi voluntad. La Peri no quiere darme las noticias que me pediste. ¿Qué puedo hacer yo? Ni con ruegos ni con amenazas he podido obtener de ella una palabra.

—Lo cual prueba —replicó,— que las mujeres, aun siendo malas, como esa, sabemos guardar un secreto mejor que vosotros... ¿Sabes que he variado de parecer respecto al encargo que te hice? Aplaudo la reserva de esa mujer. Ya no quiero saber nada. Mi curiosidad era cosa incon-

veniente y de mal gusto, y vale más no satisfacerla. Lo que ignoro, ignorado se quede mientras viva. Lo concluído, concluído. Tú y yo nos contentamos con lo poquísimo que sabemos, ¿verdad?»

Esto me encendió más. Su tesón de castellana la engrandecía á mis ojos, y conforme ella se iba ennobleciendo, iba yo curándome también de la insana curiosidad que me había devorado. «Quiéreme—le dije tratando de estrecharla en mis brazos,—quíereme, y ocúltame tu falta, tu crimen ó lo que sea. No te haré más preguntas; no deseo informarme de nada. Pensé adorarte sincera, y callada te adoro más. Pero no me mates con esa amistad fría: estoy loco por tí, y me muero si no me amas. Rota la ley, Augusta; rota la ley, condénate conmigo, que ya no tengo salvación... No se me oculta que tu corazón está lastimado, que está muy fresca la herida para que puedas quererme; pero dame esperanzas, dámelas, ó yo no viviré...»

Se desprendió de mí con vigorosos esfuerzos, apartando el rostro. No decía más que esto: «No puede ser, no puede ser.»

—Considera que renuncio á hacer más diligencias, y que de mis labios no saldrá una sola pregunta. La curiosidad ha sido ahogada por la pasión.

—Esto no puede prolongarse. Manolo, serénate. Te diré una palabra sola, la última, y ajusta á ella tu proceder.

—Venga esa palabra; venga pronto.»

Retiróse de mí, y puesta la derecha mano en la cortina de la puerta que conducía á la ha-

bitación próxima, me dijo en voz baja y con la mayor seriedad y aplomo del mundo:

«La última palabra, y quizás la confesión más sincera de que puedo alabarme en toda mi vida: no he sido honrada; pero estoy decidida á serlo ahora, y lo seré hasta el fin de mis días.»

Ví moverse la cortina, y desapareció aquella mujer, dejándome en la mayor de las soledades: la soledad del no poseer y del ignorar. Sentí impulsos de coger una silla y hacerla pedazos. Mira qué puerilidad. Me marché porque me asaltó la idea de que, si me encontraba con Orozco, me sería imposible disimular ante él mi agitación insana.

Querido Equis, yo estoy enfermo, yo no sé lo que me pasa. Esa mujer me ha desquiciado. ¿Qué debo hacer? ¿Debo insistir ó dejarla? Si no puedo; si soy un chiquillo; si esta noche, decidido á faltar á su tertulia para coquetear con mi ausencia, me he pasado las primeras horas de la noche paseándole la calle, como un cadete, por el gusto de ver los balcones de su casa y contarlos desde fuera, diciendo: «allí tiene su tocador, allí duerme...» Mira si estaré trastornado...

No he vuelto á casa de la Peri ni pienso volver. Todos me enfadan. Orozco, el ejemplar, el santo, el incomprendible, me es odioso, y todos mis amigos se me han hecho tan antipáticos como Malibrán.

Estoy fuera de mí... Hasta tú me cargas. Te pegaría, creo que te pegaría. Pero, en fin, me resigno á no perder tu preciosa amistad. Te perdono la vida. La desesperación y el despecho me inspiran cosas que presumo han de ser enormes

disparates. ¡Vaya, que no quererme! ¡Esa honradez de última hora...! El diablo harto de carne... Es una bribona; no, que es un ángel... La adoro por criminal: ¡tremenda antítesis! Si me probará su inocencia, ¿acaso me gustaría menos? Tal vez... Equis, Equisillo, ven por Dios en mi ayuda.

P. D. 22 de Febrero.—Creo que si sigo en Madrid no acabaré en bien. Hoy intenté verla, y se negó á recibirme. Le he escrito. Me devolvió la carta sin abrirla. He tenido un momento de exaltación, que felizmente va pasando. Determino poner tierra por medio. Me voy á Orbajosa. Un día no más necesito para arreglar ciertos asuntos, lo estrictamente indispensable. Saldré mañana en el tren correo, y á media noche estaré en tu compañía. Por Dios, Equis de mi vida, haz todo lo posible para que no salga la música del pueblo á recibirme.

XLI

23 de Febrero.

¿Qué es esto, Equis de mi vida? ¿Está escrito que yo he de volverme loco, y que seas tú quien me remate?

Vamos por partes. Hoy, cuando estaba disponiendo mis bártulos, cae sobre mí como un aerolito, mejor dicho, como si desde Orbajosa me arrojasen un canto rodado, el insigne hijo de esa localidad, don Juan Tafetán, el cual, después de saludarme en tono lacrimoso, participándome que le han limpiado el comedero, y que viene á solicitar con mi ayuda, ¡Dios nos asista! su reposición, me entrega un encarguillo que le diste para mí.

El paquete... Pero no: he dicho que vayamos por partes, y por partes hemos de ir. Pues las quejas que del afligido pecho de Tafetán salieron, partirían una roca. Djome que esa gente está furiosa contra mí por la indiferencia, rayana en menosprecio, con que, de algún tiempo acá, he mirado los asuntos del distrito. Los encumbrados Polentinos, así como los humildes Lieurgos, hállanse acordes en ponerme de hoja de perejil, porque he permitido con mi incuria que los *de la oposición* se hayan montado sobre los nuestros. Estos, es decir, los que fueron míos, celebraron

la semana pasada un patriótico *meeting* para convenir en la forma y manera de darme una silba si tengo la frescura de presentarme en la metrópoli del ajo. ¡Y yo, que, en el colmo de la inocencia, creí ó temí que saldría á recibirme la música del pueblo con sus desacordados trompetones! ¡Y ya me figuraba oír el restallido de los cohetes que á los aires lanzaría, un homenaje á mi persona, la diestra mano de Frasquito González!

Pero dime tú, ¿es cierto lo que me cuenta este pobre hombre, con el cual no sé qué hacer ni dónde ponerlo, ni cómo consolarle en su tribulación de cesante? ¿Es cierto, dí, que en toda esta temporada de angustias, fiebre y diligencias policíacas, no he contestado ni una sola carta de los caciques y gente menuda del distrito? ¿Es cierto que en esto que llamaremos interregno se ha resuelto la cuestión del emplazamiento de la estación del ferrocarril, situándola en Valdegañanes, y dejando á nuestra *Urbs Augusta* á diez y siete kilómetros de la línea? ¡Bueno se va á poner *El Impulsor*, que decía no hace mucho que el ferrocarril llamaba á las puertas de Orbajosa con el *alerta* de las locomotoras, *esos* centinelas avanzados de la civilización! ¿Y es cierto (el cabello se me eriza al escribirlo) que los de Valdegañanes, *esas* lumbreras apagadas del obscurantismo, amenazan con arrancar de cuajo el Juzgado y llevarse-lo á su término? ¿Es cierto que nuestros enemigos, envalentonados por mi abandono, han secado la fuente de los Chorrillos, llevándose el caudaloso real de agua al abrevadero de Penitentes de San Bartolomé de Abajo? ¿Es cierto que me birlaron el peatón de Fuente los Tojos, y el estan-

co del tío Majavacas, y que me han dejado cesante á este sin ventura Tafetán? Cierito debe de ser, pues se trae una cara tan compungida que ni la de la Magdalena se le iguala. Pues con estos golpes y la destitución en masa del Ayuntamiento de Villahorrenda, veo por tierra, ó á punto de derrumbarse, eso que los representantes del país llamamos el *altarito*, ó sea mi poder político en el pedazo de España que tuvo la honra de elegirme su esclavo y opresor. Ante tal cúmulo de desastres, querido Equis, resuelvo aplazar la visita á mis electores, con el doble objeto de ver si puedo poner algún puntal al consabido altarejo, y de librarme de la serenata que mis siervos y tiranos ¡ay, dolor! me tienen preparada.

Y vamos á lo otro, pues dije que iríamos por partes, y por partes ¡vive Dios! iremos. Tafetán me entrega un grueso paquete, que me parece, al pasar de sus temblorosas manos á las mías, una caja de bizcochos borrachos. Y he aquí que me digo: «¡Por dónde se le ocurre á este tonto ahora mandarme bizcochos borrachos! ¡Ah! ¡Es que necesito medicina dulce y narcótica! ¡Qué talento tiene este Equis!... Pues, señor, abro el mamotreto y me encuentro que contiene papeles. ¡Ajajá! Cinco cuadernos manuscritos, de igual tamaño próximamente, y muy cosiditos con hilo encarnado. Los hojeo con febril curiosidad. Lo primero que me llama la atención es la letra. Yo conozco esta letra... Pero, señor, ¿de quién es esta condenada letra? De Equis no es, y, sin embargo, me es familiar, familiarísima... Y de una sorpresa grande pasamos á otra mayor. Figúrate cuál sería mi asombro al ver los nombres de Au-

gusta, Orozco, Federico, Malibrán, corriendo en medio de las hojas, pasadas velozmente por mis dedos. Lo que más me maravilla es que la disposición de los nombres á la cabeza de trozos más ó menos largos de texto, parece indicar que el contenido de los cuadernos está en diálogo dramático. Me fijó en el encabezamiento de uno de ellos, y veo que dice: *Jornada tercera*. La portada del primero es lo que remata mi estupor, y desconfío de mis ojos cuando leo: REALIDAD, novela en cinco jornadas. Abro tanta boca, que el mismo Tafetán, haciendo un paréntesis en su consternación de cesante con nueve hijos, se ríe de mí.

¿Pero qué es esto, Equis de todos los demonios? ¿Qué drama es éste, ó qué novela, y quién la ha escrito? ¿Has sido tú? ¿Es un bromazo que me das?... ¡Anda, anda! Leo la lista de personajes, escrita en la primera hoja, y me encuentro á toda mi gente. Equis, Equis, explícate, por tu vida, si no quieres que yo acabe de perder la razón. ¿Por qué no acompaña al paquete una carta tuya, informándome del por qué de este extrañísimo y misterioso escrito? ¡Pero si yo conozco la letra... la he visto mil veces, y no puedo en este momento, por el trastorno de mi cabeza, recordar á quién pertenece!... ¡Ah! ya caigo en ello. La letra es tuya, tuya, desfigurada. No me lo niegues. Tú, que eres de la familia de los Merlines; tú, que posees un poder de adivinación no concedido á todos los mortales; tú, que sabes ver la cara interna de los hechos humanos cuando los demás no vemos más que la cara exterior, y penetrar en las vísceras de los caracteres, cuan-

do los demás sólo vemos y tocamos la epidermis; tú, Equisillo diabólico, has sacado esta *Realidad* de los elementos indiciarios que yo te dí, y ahora completas con la descripción interior del asunto la que yo te hice de la superficie del mismo. De modo que mis cartas no eran más que la mitad, ó si quieres, el cuerpo, destinado á ser continente, pero aún vacío, de un sér para cuya creación me faltaban fuerzas. Mas vienes tú con la otra mitad, ó sea con el alma; á la verdad aparente que á secas te referí, añades la verdad profunda, extraída del seno de las conciencias, y ya tenemos el sér completo y vivo. ¿Es esto así? Dime sí ó no, y mientras me arrojo como un hambriento sobre tu *Realidad*, carguen contigo los demonios, y conmigo también.